

VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
4, 5 y 6 de Noviembre de 2015

Tomás Gold (UBA)

Licenciado en Ciencia Política (UBA) // Maestrando en Ciencia Política (IDAES-UNSAM)

tomasgoldd@hotmail.com

Eje 3: Protesta, conflicto y cambio social.

Entre la espontaneidad y el control: testimonios y discusiones sobre la problemática organizativa en los *cacerolazos* recientes (2012-2013)

Palabras clave: cacerolazo; ciudadanía; movilización; protesta.

Introducción.

La visión dicotómica sobre el rol de *internet* en las manifestaciones callejeras

El debate sobre el rol de las nuevas tecnologías y las redes sociales virtuales en la vida de los individuos ha excedido por lo general los recintos académicos, transformándose en uno de los tópicos por excelencia del siglo XXI; sin embargo, aún no se ha llegado a un consenso relativamente estable sobre su influencia y alcance, como lo evidencia la profusa y diversa producción al respecto. En el caso particular de los movimientos sociales y manifestaciones de protesta, este debate presenta dos posiciones opuestas que atraviesan generalmente las obras que se proponen abordar acontecimientos marcados por la utilización de *internet* y nuevas tecnologías, y que se organizan en base a un interrogante central: ¿son las redes sociales herramientas de difusión que aceleran dinámicas organizativas similares a las existentes, o –por el

contrario- constituyen un fenómeno más amplio y complejo que debería ser abordado con mayor cautela?

Como se desprende de una revisión de la literatura de los últimos años, existen dos posiciones que se presentan como excluyentes e igualmente esencialistas respecto de las redes en los estudios sobre movilización social (Gerbaudo, 2012; Loader y Mercea, 2013). El primer paradigma se sustenta en la afirmación de que las nuevas tecnologías son herramientas novedosas que permiten formas de organización colectiva más eficientes, simples, rápidas y horizontales; es decir, cambian radicalmente las condiciones bajo las cuales se estructuraba la movilización en un sentido absolutamente positivo y superador. El segundo, en cambio, considera que las redes conllevan un activismo “disminuido” o “débil”, donde la participación efectiva se diluye en redes de cooperación a través de *Facebook* o *Twitter*, creando una ilusión de impacto político donde no la hay. Los fenómenos de *clicktivismo* ejemplificarían a la perfección dicha dinámica.

Ciertamente, el nuevo ciclo mundial de manifestaciones en diversas regiones del globo incrementó el debate y también la evidencia sobre la dinámica y el funcionamiento de las redes en la web. Las revoluciones tunesina e islandesa, los movimientos “Occupy” en Estados Unidos, las ocupaciones de “Indignados” en España y las revueltas del Magreb, fueron todos acontecimientos marcados por altos grados de ciberactivismo y por una comunicación e interacción digital permanente (Castells, 2012; Cheresky, 2015). Sin embargo, el principal interrogante de las academias no solo no se vio disminuido sino que se incrementó e incluso agudizó: ¿se debió el “éxito” de algunas de las manifestaciones a la posibilidad de comunicación, participación y difusión a través de *internet*? ¿O, por el contrario y sumado a este fenómeno, el “fracaso” de algunas otras estuvo relacionado con el escaso poder contencioso de la participación *online*? En definitiva... ¿cuál es el grado de impacto de la utilización de nuevas tecnologías respecto a herramientas tradicionales de organización y difusión en acciones de protesta, y cuál es la interrelación entre ambas?

A pesar de las dificultades metodológicas y la fragilidad de evidencias empíricas efímeras, algunos investigadores han avanzado recientemente en el camino de reconocer una interrelación entre la dinámica de las calles y la dinámica de las redes digitales; es decir, hacia el reconocimiento de una convivencia compleja y contradictoria entre los mundos *online* y *offline*. Muchos de los movimientos sociales actuales tienden a organizarse y difundirse bajo una lógica distinta a la lógica de la acción colectiva: no

existe una organización formal que coordine la acción a grandes escalas, sino que cada manifestante accede e interpreta plataformas digitales individualmente, procesándolas de manera distinta, y por ende expresando y compartiendo su punto de vista personal sobre el acontecimiento a través de las redes (Bennett y Segerberg, 2013). Esta falta de acción colectiva centralizada tal como era comprendida por las teorías clásicas¹ no implica necesariamente, sin embargo, una falta absoluta de coordinación y liderazgo. En este sentido, cierta ideología de horizontalidad y deliberación que primaba en la literatura entusiasta sobre *internet* a principios de siglo se está resquebrajando. Como muestran algunos trabajos recientes, las redes actúan a través de “nodos” que funcionan como liderazgos fluctuantes y flexibles, y cuya legitimidad está dada por el reconocimiento individual de los usuarios a través de su apoyo tan cuantificable como simultáneamente precario (Nunes, 2014: 31-41; Gerbaudo, 2013: 139-145).

El resultado de esta combinación es -por ende- una configuración organizativa dinámica y descentralizada, parcialmente unificada a través de liderazgos distribuidos y cambiantes, y que cuenta con participantes flexibles cuya identificación no es colectiva sino personal e individual. Es por esta razón que la temporalidad de las protestas también es distinta, manifestándose a través de “eventos” o “acontecimientos”, y no ya a través de movimientos colectivos con identidades y lazos de confianza estables -al menos hasta lograr alguna incierta institucionalización temporal-.

Ahora bien, la interacción con las calles es de crucial importancia en esta dinámica, y la participación y difusión *online* solo toma cuerpo con la ocupación de lugares públicos de manera *offline*. En el entrecruce entre espacio público virtual y espacio público tradicional reside la efectividad y difusión de las protestas recientes, así como también su fragilidad. La ocupación física de calles, plazas y edificios constituye un repertorio ampliamente extendido desde el siglo XIX, y efectivo en su impacto público a través de los medios de comunicación tradicionales. Como es sabido, los movimientos y manifestaciones deben trascender el filtro mediático que les permite llegar a amplios segmentos de la población propagando sus demandas y su voz en el espacio público (Fillieule y Tartakowsky, 2015). Los movimientos *#Occupy* y los *Indignados* españoles han sabido tomar ventaja de esta dinámica, estableciendo

¹ Las teorías clásicas sobre acción colectiva hacían hincapié en la necesidad de una organización centralizada, burocrática y jerárquica para organizar movilizaciones. Siguiendo las tesis de Olson (1965), la llamada “Teoría de Movilización de Recursos” estudiaba las dinámicas internas de las organizaciones en torno a los recursos necesarios para superar los altos costos de una acción pública (Gamson, 1975; McCarthy y Zald, 1977).

campamentos a cielo abierto que funcionaron al mismo tiempo como espacios de socialización e interacción cara-a-cara y como nodos fundamentales del cyberactivismo y difusión *online* de sus actividades y manifestaciones.

Paradójicamente –o quizás no tanto- la fragilidad y las tensiones asomaron a la hora de la toma de decisiones estratégicas en dichos movimientos, y las discusiones sobre el carácter representativo de los campamentos estuvieron a la orden del día (Pleyers, 2013; Juris, 2012): ¿quién está habilitado para hablar y tomar decisiones en nombre de los millones de manifestantes *online*? ¿Esas decisiones, en caso de ser tomadas, serían representativas? En definitiva: ¿es posible controlar y dirigir la dinámica rizomática de las redes sociales desde algunos pocos nodos controlados por “organizadores” o ciberactivistas especializados? Intentaremos ilustrar algunas de estas preguntas a través del estudio de un caso argentino reciente: el ciclo de cacerolazos de los años 2012 y 2013.

1. El ciclo de cacerolazos 2012-2013 en la Ciudad de Buenos Aires y los debates públicos sobre la problemática organizativa

Entre septiembre del año 2012 y agosto del año 2013 tuvo lugar en nuestro país un ciclo de protesta² con epicentro en los grandes centros urbanos –especialmente Capital Federal-, y con características distintivas respecto a modos más tradicionales de movilización³. Articulado a través de cuatro “acontecimientos” (“13-S”, “8-N”, “18-A” y “8-A”), este tercer conjunto de protestas se generó a partir de una multiplicidad de demandas que respondían a cuestionamientos recurrentes durante los últimos años de gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, así como también se articulaba a partir del rechazo de proyectos de políticas públicas puntuales⁴.

² Utilizamos aquí el concepto de “ciclo de protesta” en un sentido similar al que ha dado Sidney Tarrow en su obra clásica al término (1997: 263-4).

³ Aquí nos basamos esencialmente en la distinción realizada por Schuster *et al* (2006) sobre repertorios de acción “viejos” ligados al accionar sindical, y “nuevos” ligados a la multiplicación de actores y demandas post-1984 en nuestro país. Dicha multiplicación de repertorios de acción colectiva está estrechamente ligada a dos fenómenos: por un lado el declinamiento de la representación sindical y del peso de los trabajadores en la vida sociopolítica del país (Pereyra, 2008), y por otro el surgimiento de una ciudadanía multifacética más atenta al vínculo representativo y a las acciones de sus gobernantes (Cheresky, 2015; Peruzzotti y Smulovitz, 2002).

⁴ En este sentido pueden mencionarse resumidamente: el problema de la creciente inflación y la falta de reforma del Índice de Precios al Consumidor (IPC) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), el proyecto de reforma del Consejo de la Magistratura llevado adelante por el oficialismo (conocido bajo el nombre de “Reforma judicial”), las demandas por inseguridad, la suma de acusaciones contra figuras gubernamentales por casos de corrupción (especialmente las denuncias al vicepresidente

No es nuestro interés puntual discutir en este trabajo el desarrollo del ciclo contencioso *in toto*⁵, sino dar cuenta de los debates –internos y públicos- sobre la cuestión organizativa del mismo. Como hemos sostenido en trabajos previos (Gold, 2013, 2015), la discusión sobre el carácter “espontáneo” o “partidario” de las manifestaciones se extendió por el espacio público nacional dando forma a los debates públicos sobre una modalidad de protesta que causaba cierta incertidumbre en la ciudadanía por su carácter simultáneamente efímero y contundente. Por un lado, los entusiastas que manifestaban su apoyo a la movilización la tildaban de espontánea y auto-convocada; por otro, los simpatizantes del oficialismo denunciaban el “disfraz anti-partidario” y llamaban a desenmascarar un intento golpista por parte de la oposición⁶. El objetivo de este trabajo es demostrar que ninguna de las dos caracterizaciones es verídica, ya que su oposición se fundamenta en el mismo dilema que mencionábamos previamente sobre la polarización interpretativa anudada en torno a la cuestión organizativa del conjunto de protestas que se sucedieron entre 2009 y 2011 a lo largo del globo. El ciclo de cacerolazos 2012-2013 constituyó una modalidad de movilización esencialmente auto-representativa que, motorizada a través de las redes sociales y promovida por ciberactivistas, logró niveles de convocatoria y difusión realmente masivos y logró catalizar el descontento y el rechazo de gran parte de la población de los centros urbanos argentinos.

Ahora bien, nuestra hipótesis es que la mayor causa del declinamiento en la cantidad de manifestantes a lo largo del año 2013 se debió a la intervención de políticos profesionales y estructuras partidarias, que eran vistas como representantes no autorizados por la ciudadanía para decidir el rumbo y el futuro del acontecimiento. Por otro lado, la cercanía a una instancia de representación electoral obturó la auto-percepción ciudadana sobre la necesidad de manifestarse en el espacio público. Las elecciones nacionales (PASO –Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias- y definitivas) jugaron un rol fundamental a este respecto; como he argumentado previamente a través de una reconstrucción de las discusiones públicas al respecto (*ibidem*), el intento por parte de los principales dirigentes opositores de canalizar las

por la ex imprenta Ciccone), las restricciones a la compra de divisas por parte de la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP), entre otros.

⁵ Un recorrido pormenorizado por el ciclo de cacerolazos 2012-2013 puede consultarse en: Gold (2015). Esta ponencia forma parte de un proyecto amplio de investigación sobre este conjunto de manifestaciones.

⁶ Ciertamente estas dos interpretaciones no eran las únicas, aunque si se constituían como las más potentes y extendidas. Para un análisis extendido, ver: Gold (2015: 197-199).

manifestaciones a partir del “8-N” conllevaron un alejamiento ciudadano de las principales estructuras y discursos de la oposición; como veremos, esta dinámica fue particularmente notoria y problemática para los ciberactivistas y difusores *online* de los cacerolazos.

1.1. La sorpresa del “13-S”: los resultados de la “siembra”

La convocatoria a la primera protesta del ciclo –el 13 de septiembre– pasó absolutamente desapercibida por los principales medios masivos de comunicación (MMC), lo cual contribuyó al clima de sorpresa evidente durante los días subsiguientes⁷. Si bien hubo dilemas en cuanto al cálculo de asistentes, los principales periódicos estimaron cifras de entre 60 y 100 mil personas (Gold, 2015: 193), número no menor para haberse constituido como una movilización esencialmente anti-gubernamental que aglutinaba demandas excesivamente diversas. Las consignas eran múltiples y heterogéneas, y el carácter “improvisado” de los carteles y pancartas se acentuaba por la ausencia de expresiones y símbolos partidarios de cualquier tipo. No hubo sellos ni logos partidarios, así como tampoco militantes que intentaran identificarse públicamente como tales.

Al igual que los cacerolazos que lo sucederían, el “13-S” fue convocado por grupos y usuarios individuales en *Facebook* y *Twitter*, algunos más y otros menos partidarios y organizados, que variaron también según la protesta en cuestión. Pueden mencionarse en este punto: “Argentina sin korrupción”, “El Cipayo”, “No más”, “Unamos nuestros votos”, “Legión anti-K”, “Indignados argentinos”, “Somos el 46%”, “La Solano Lima”, “El Anti-K”, “Yo no voté a la Kretina y Ud?”, “ONG salvemos a la Argentina”, entre otros. Muchos de ellos eran independientes, y otros estaban tangencialmente asociados al partido PRO (Propuesta Republicana).

Como reconoce L. –administrador del influyente usuario “El Cipayo”–, antes del “13-S” los ciberactivistas no tenían demasiadas conexiones entre ellos y solían convocar a manifestaciones que no lograban prender en la ciudadanía. No existían intentos de organización o coordinación, fenómeno que comenzó a cambiar luego del éxito de una protesta menor el día 31 de mayo y del éxito evidente de la convocatoria al “13-S”:

⁷ Únicamente *La Nación* dedicó un pequeño artículo a la convocatoria realizada a través de las redes sociales. Ver: “Convocatoria a una marcha antikirchnerista”, *La Nación*, 13/09/2012.

“Todas las semanas había eventos de cacerolazos y nunca funcionaba ninguno [...], y nosotros [los administradores de la página] ya veníamos viendo que esto en cualquier momento explotaba, y dijimos *probemos darle una mano a uno de los eventos que está dando vueltas*. Y agarramos uno y le empezamos a dar manija diez días antes, toda una semana... ¡y fue el 31 de mayo!” (Entrevista a L., 03/10/2014)

“En realidad para nosotros [el 13-S] fue una marcha muy importante porque nunca nos imaginamos que iba a haber tanta gente. Después de estas marchas chiquitas, nos armamos todos los administradores de páginas, éramos más o menos veinticinco, no nos conocíamos, nunca había hablado con muchos, otros ya se tenían odio por boludeces y ego... *no sé porque me robaste el flyer* y así... todas esas cuestiones menores. Y a su vez invitamos a gente que nunca supimos quiénes eran...” (Entrevista a L., 03/10/2014)

En efecto, el éxito del “13-S” marcó un antes y un después para los cibermilitantes anti-kirchneristas que se desenvolvían a través de usuarios y páginas más o menos exitosas. Así lo reconoce también un militante del espacio “Unión por Todos” (liderado por Patricia Bullrich) luego devenido militante de la juventud del PRO:

“También hay otro mito que hay que desplazar, y es que los organizadores en realidad lo que hacían era acordar estrategias de comunicación, consignas, la función era más de siembra, después prendía o no prendía y eso tenía que ver con el humor social; y lo más jodido es que cuando algunos organizadores tomamos la decisión de plantear un cambio de estrategia, la masa, el *populus* nos respondía: *vendidos, hijos de puta, lo hacen por el cargo*. Se dio una situación muy chota porque sí marcábamos pautas a nivel discurso, fecha... hasta ahí [llegábamos]. Pero después había algo que estaba pasando que nos excedía.” (Entrevista a Y., 12/09/2014)

Como se evidencia a partir de estos dos testimonios, persistía una consciencia de la imposibilidad efectiva de canalizar las demandas ciudadanas; ambos aluden a los

altos grados de volatilidad, ejemplificados a partir de la definición de su accionar como una “siembra”: el ciberactivismo consistía en minar las redes de convocatorias y esperar a que dieran resultado. En estas visiones, el “13-S” parece haber marcado un punto de inflexión ya que dio pie a una unión de los propios ciberactivistas y militantes en el marco de una necesidad estratégica compleja: ¿cómo seguir, y cómo centralizar y unificar el discurso a través de las redes para hacerlo más efectivo y convocante? En la reunión mencionada por el entrevistado L. se intentó dirimir este factor, como reconoce otro ciberactivista:

“La palabra más concreta que acordamos todos, hasta por un tema de honestidad intelectual, era la de difusores o promotores. La figura de organizador la creó el kirchnerismo en varios de sus escraches a nosotros porque era una manera de poder personalizar las protestas y poder atacarnos, [...] de hecho varios sufrimos campañas de desprestigio jodidas”. (Entrevista a J., 13/09/2014)

A partir de esta reunión, acontecida entre el “13-S” y el “8-N”, se crearon grados de coordinación mayores entre los distintos usuarios que funcionaban como puntos privilegiados de circulación de la información. Como menciona Y., los activistas eran rechazados cuando intentaban ejercer un rol más activo por fuera de la convocatoria, lo cual se condice con el fenómeno que ciertos autores han denominado de “liderazgos débiles” (Gerbaudo, 2012) o “liderazgos distribuidos” (Nunes, 2014). Los liderazgos en la web por lo general dependen de la cantidad de lazos (*ties*) que conformen la red de interconexión con otros usuarios; si bien la red no es horizontal –en el sentido de que todos los usuarios tienen la misma influencia- cualquiera puede ocupar el lugar de “nodo” (*node*) o de líder (Nunes, 2014: 32-33). De esta manera, el liderazgo tampoco se configura de manera absolutamente vertical, ya que su rango de maniobra depende exclusivamente de lo que sus *followers* esperan: en el caso de que el líder no logre cumplir con ciertas expectativas, puede tener un descenso cuantitativo de seguidores o un descenso cualitativo en la confianza y sobre todo la reputación (*ibid*). En este sentido, es interesante el propio consenso de los activistas sobre el vocabulario a utilizar; la autoconsciencia sobre las deficiencias de la palabra “organizador” en contraposición a “promotor” o “difusor” es notable, ya que indican una clara delimitación de sus posibilidades reales de acción.

1.2. La explosión del “8-N”

Ahora bien, de todo el ciclo de cacerolazos, sin dudas el 8 de noviembre fue la fecha más significativa. En términos de asistentes, de extensión y de impacto público, el cacerolazo hizo evidente la magnitud del descontento ciudadano en todo el país. Si bien hubo debates en torno a la cantidad de manifestantes (debido al reflujo constante de gente que dificultó cálculos certeros incluso para las consultoras), los principales periódicos y las diversas fuerzas policiales –Federal y Metropolitana- estimaron un total de entre 100 mil y 700 mil personas. Además, el “13-S” había sido una protesta localizada en Capital Federal, y el “8-N” no solo constituyó una movilización federal⁸ sino que incluso alcanzó el plano internacional⁹.

Como reconocen los activistas, este impacto se debió tanto al éxito participativo del “13-S” como a la atención de los MMC y los políticos profesionales, que siempre habían desconfiado de la potencialidad de una movilización auto-convocada:

“Lo que no hubo en el 13-S, en el 8-N más o menos y en el 18-A sí, es que los medios dieron bola. Para el 8-N los políticos decían que no, la única [que apoyó] fue [Patricia] Bullrich, pero porque ella es así, de la calle, banca la movilización y a la gente. De hecho [Elisa] Carrió llamó a no movilizar, el PRO algunos sí y otros no. El radicalismo siempre fue muy cagón con esto”. (Entrevista a Y., 12/09/2014)

“Yo te digo que el 13 de septiembre queríamos juntarnos con los políticos y no nos dieron ni pelota, algunos sí, otros no... Los que siempre tuvieron buena predisposición fueron Patricia Bullrich, [Elisa] Carrió, [Gerónimo] Venegas, [Gerado] Amadeo, Cornelia Schmidt; pero el resto te daban una audiencia de quince minutos para dentro de quince días... y

⁸ Se pueden mencionar aquí: Córdoba, Comodoro Rivadavia, Mendoza, San Miguel de Tucumán, Viedma, Rosario, San Luis, Salta, Catamarca, Mar del Plata, entre otras. En algunos casos (Córdoba, Rosario, Mar del Plata) llegaron a miles de personas; en otros, fueron decenas o centenas que se hicieron presentes en las gobernaciones y plazas de sus respectivos lugares de origen. Mención aparte merece la manifestación frente a la “Quinta de Olivos”, donde se encontraba la presidente durante la protesta. Sobre la “Avenida Maipú” se manifestaron entre 60 mil y 90 mil personas.

⁹ Hubo manifestaciones en ciudades como Río de Janeiro, Sidney, Londres, Miami, Nueva York, Roma, Madrid, Tokyo, Viena, Frankfurt, entre otras. En estos casos, hubo una asistencia en general menor al centenar de personas.

después te cancelaban. En cambio, después del 13 de septiembre te decían: *¿dónde querés que vaya?, el día que vos puedas, yo voy*; te llamaban los tipos, ni siquiera te llamaba la secretaria. Entonces ya veníamos con diálogo, después del 13-S tenías lo que querías, y ya sabíamos que íbamos a hacer otra, sabíamos para qué fecha iba a ser, todo... entonces les dijimos, *la próxima va a ser así y así*. La consigna era *traten de capitalizar esto, como oposición traten de capitalizar este descontento porque nosotros no lo podemos canalizar*” (Entrevista a L., 03/10/2014)

“Vos también tenías que buscar un punto de unión con la oposición porque estábamos protestando contra las políticas puntuales de este gobierno. No me parecía mal que se los contactara, pero lo que no podías hacer es depender de la oposición. Esto nace como un movimiento ciudadano, genuino; y la oposición te miraba de reojo y al principio no te apoyaba. [...] Cuando vieron que esto crecía se quisieron sumar, les dijimos *está bien, vení, aportá si querés*. Pero lo que no podíamos dejar era que nos condicionaran. [...] *Los tiempos los manejamos nosotros, no ustedes*.” (Entrevista a R., 08/10/2014)

Si bien algunos de los activistas ya tenían contacto con políticos opositores, la verdadera atención se produjo debido al éxito del “13-S”, y la cobertura mediática del “8-N” potenció esa dinámica de inclusión en la agenda pública. De todas maneras, fueron pocos los políticos profesionales que se hicieron presentes, por más que en los días previos la mayoría hubiera dado cuenta de su conocimiento sobre la organización de un nuevo cacerolazo. En sus respectivas cuentas de *Twitter* o directamente a través de discursos públicos, la mayoría de los políticos opositores al gobierno había hecho alusión a la característica “ciudadana” del cacerolazo, resaltando la idea de que una intervención partidaria sería contraproducente para su éxito. En efecto, como expresó la diputada nacional Victoria Donda, ir era “colgarse de una convocatoria” que era “de la ciudadanía”. Tanto el diputado Francisco de Narváez como el senador Ernesto Sanz y el entonces candidato a diputado Hermes Binner se mantuvieron en la misma línea, resaltando la división que existía entre la “clase política” y “la gente” en las calles (*Clarín*, 08/11/2012). Por otro lado, y en contraposición con esta interpretación, el PRO participó activamente tanto en la organización como en la difusión de la

manifestación¹⁰. Su líder, el jefe del gobierno porteño Mauricio Macri, se mostró activo en su cuenta de *Twitter* y fue criticado por “fogonear” una protesta ciudadana, tanto por miembros del gobierno nacional como por otros políticos opositores. Otros referentes del PRO (como Sergio Bergman y el diputado Federico Pinedo) y líderes de partidos menores (la diputada Patricia Bullrich, del GAPU) salieron a la calle, aunque no hablaron con los medios ni se presentaron con colores partidarios. Al igual que en el “13-S”, su discurso se planteaba como propio de “un ciudadano más”, intentando identificarse con la “gente común” y presentándose con remeras blancas o vestimenta de uso diario, símbolo de su puesta en escena apartidaria¹¹.

A pesar de una mayor interrelación con ciertos políticos y una difusión más cuidada y alineada, tampoco el “8-N” presentó una dinámica que pudiera ser controlada por los promotores. De hecho, comenzaba a existir una preocupación interna por ese aspecto ya que el “13-S” había presentado una movilización rizomática poco apegada a demandas concretas y focalizadas. Como reconoce L., los activistas se propusieron estratégicamente “imponer” una demanda central a la cual cada manifestante podría sumarle la suya, si bien puede entreverse en sus definiciones cierta desazón sobre el éxito de dicha empresa:

“[...] se logró canalizar esa calentura, que es una calentura en contra del gobierno, pero tratamos de bajar un discurso más [unificado]. Sino todo el mundo pide ciento cincuenta mil cosas. Yo te diría que la del 8 fue en contra de la reforma de la constitución, pura y exclusivamente... fue todo un trabajo que la gente entienda cual era la gravedad del tema. Por un lado el trabajo fue convocar, y por otro lado explicarle a la gente que no entiende; vos tenés que meterle en la cabeza porqué es grave, y después promover la movilización. [...] Si bien había un reclamo central, todo el mundo le iba sumando algo... si ves la foto tenés carteles de todo tipo”.
(Entrevista a L., 03/10/2014)

¹⁰ La agrupación “La Solano Lima”, encabezada por Cristian Ritondo (entonces legislador por el PRO en la Ciudad), fue una de las principales organizadoras del “8-N” y preparó el video que se proyectaba a metros del obelisco, ridiculizando a las principales figuras del gobierno nacional; el oficialismo acusó repetidamente a esta organización de manejar varias cuentas de *Facebook* y *Twitter*.

¹¹ La generación de legitimidad a partir de aparecer en el espacio público como “un hombre común” tiene estrecha relación con lo que algunos autores han denominado “representación de proximidad”, es decir, con la generación de lazos representativos a partir de mostrarse próximo a los gobernados. En nuestro país este rasgo es especialmente importante dado el carácter refractario de las protestas auto-convocadas respecto de la política partidaria. Ver especialmente: Annunziata (2013).

Existe una tensión interna en la visión de L. sobre lo sucedido: por un lado, afirma que se logró canalizar esa ebullición social que los perturbaba, pero por otro entiende que la dinámica era agregativa; cada uno sumaba sus reclamos a una consigna central que, por ende, quedaba alterada y disminuida. Otros activistas son menos positivos al respecto:

“A pesar de que hubo consignas claras: el no a la reforma de la Constitución, por el tema de la injusticia, de la inseguridad, todas son menores... [...] la gente salió por un montón de cosas. Sobre todo por el tema económico, pero también el miedo a la libertad. La falta de libertad económica te lleva a otras libertades... en realidad estaba todo relacionado”. (Entrevista a R., 08/10/2014)

En conclusión, la dinámica y la potencia del cacerolazo derivaba en gran parte de su carácter refractario a lógicas verticalistas de construcción de lo colectivo y ampliamente heterogéneo. Como se vislumbra en algunas entrevistas, esto representaba una dificultad evidente para los políticos, pero también para los mismos ciberactivistas:

“Creo que [los cacerolazos] fueron la explosión de un montón de tensión acumulada después de años de basureo, que a distintos sectores los afectó de distinta manera y fue una gran ensalada que mezcló a grupos muy heterogéneos, con planteos muy disímiles pero que encontraban una historia causal común, que como actor responsable posicionaba al gobierno nacional, o al kirchnerismo en un sentido amplio. [...] hicimos una charla después del último cacerolazo, con un par de filósofos y amigos para pensar el tema. La idea que surgió, que me parece que es bastante elocuente, es que los cacerolazos terminaron siendo como una suerte de orgasmo social o explosión donde se acumulaba tensión, estallaba y la gente volvía a su casa sintiendo que había cumplido con cierto rol cívico o cierta patriada” (Entrevista a Y., 12/09/2014)

“[...] Imaginate que Carrió dijera: *soy la creadora de los cacerolazos*. Le hubiese salido como el orto a cualquier político. La gente

se sentía dueña de lo que estaba pasando. Aparte, el cacerolazo era contra todo. Ahí es donde vos -político con cintura- tenés que sentarte, escuchar, ver como captar eso, no cooptar. Pasa que va muy en contra del esquema tradicional de armado de los políticos”. (Entrevista a Y., 12/09/2014)

“El cacerolazo era medio indescifrable, ¿cómo te relacionás con células que articulan con criterios totalmente [ad hoc]... del estilo *con vos no hablo porque me caes mal?* Para alguien que está acostumbrado a rosquear poder el cacerolazo era indescifrable, era un quilombo y por eso era tan divertido también”. (Entrevista a J., 13/09/2014)

Coincidente con el tipo de organización propiciada por las redes sociales, el modo de participación durante el acontecimiento fue más bien individual, e incluso muchos ciudadanos participaban desde sus hogares, golpeando cacerolas o haciendo ruido desde sus balcones. Como expresa Nunes (2014), la combinación entre dinámicas *online* y *offline* no se debe únicamente a la posibilidad técnica de su realización sino también al rechazo de organizaciones jerárquicas y orgánicas, propio de nuestro tiempo. En efecto, los cacerolazos evidenciaron que la propia mención de la palabra “organización” despertaba suspicacias y recelos entre los manifestantes, como ser el caso de muchas otras manifestaciones promovidas en la web (Gerbaudo, 2012: 137).

En el caso específico argentino, la impronta anti-representativa de la movilización social es de larga data. Como han mostrado Pereyra (2014) y Frédéric (2004), existe desde los '90 un creciente distanciamiento y rechazo entre los sujetos movilizados y la “clase política”, vista progresivamente como autónoma y contraria a los objetivos de los manifestantes. De hecho, actualmente el término “politizar” es entendido en un sentido moralmente negativo dentro del discurso de la movilización social, y los intereses partidarios son percibidos como privados en vez de político-públicos (Pereyra, 2014: 97; Gold, 2015: 205-206).

Un caso especialmente interesante a este respecto fueron las críticas de la cúpula gubernamental a los manifestantes, presentes desde el “13-S”. El argumento más resonante sin dudas fue el de Juan Manuel Abal Medina -en aquel entonces Jefe de Gabinete nacional- quien expresó: “armen un partido y ganen las elecciones”, a lo que luego añadió que la protesta no había tenido “espontaneidad alguna” (*Perfil*, 14/09/2012). En efecto, la extensión de este argumento a todas las manifestaciones

subsiguientes no solo hizo aumentar la indignación generalizada de los participantes, sino que al mismo tiempo contribuyó a unificar a los políticos opositores, obligándolos a posicionarse -paradójicamente- en una incómoda posición:

“Ahí creo que [los kirchneristas] -si bien con otra intencionalidad y mucha mala leche- cuando dicen *el problema es que no hay quién los represente* no están tan equivocados, porque capaz no es quién nos represente a nivel personal, sino que no hay una estructura que logre contener toda esta energía” (Entrevista a Y., 12/09/2014).

“Una de las interpelaciones era que no habían entendido el mensaje, o sea, porqué protestábamos. Era buscar una cabeza, era *con quiénes tenemos que hablar*, una cosa así, y *a quiénes les tenemos que dar las respuestas*, o *busquen a los representantes de estos movimientos que entablamos un diálogo*”. (Entrevista a R., 08/10/2014)

Como veremos, este dilema estuvo muy presente en los cacerolazos siguientes, y constituyó una de las mayores causas de desgaste que llevó al declinamiento del ciclo contencioso.

1.3. El “18-A” y la ruptura del discurso sobre la espontaneidad.

Hubo que esperar varios meses para que otro cacerolazo irrumpiera en la escena política nacional, y cuando sucedió ya no se constituyó como una novedad. Si el “8-N” había dejado vislumbrar ciertos debates sobre la organización “tras bambalinas” y sobre la carencia de espontaneidad, el cacerolazo del 18 de abril de 2013 marcaría un antes y un después al respecto. A través de grupos de *Facebook* y de cadenas de e-mails, los activistas y usuarios ya mencionados comenzaron a circular una lista de “puntos de encuentro” que articularían la protesta a escala municipal, provincial y nacional¹². Además, una larga lista de políticos opositores anunció con días de anticipación su participación, y comenzó a difundir la convocatoria a través de las redes sociales y de entrevistas concedidas a periódicos y radios.

¹² La lista de puntos de encuentro podía consultarse en La Nación el mismo día de la manifestación (18/04/2013), lo cual denotaba los lazos entre activistas y periodistas.

Con las elecciones legislativas de medio término cerca, los principales referentes de los partidos opositores ya se habían expresado a favor de un acuerdo electoral que pudiera “sumar en vez de confrontar”, expresión que encerraba la necesidad de obtener el apoyo de una fracción de la ciudadanía que parecía más crítica e indecisa que algunos meses antes respecto de su apoyo al oficialismo. Sin embargo, el cambio de rumbo no solo generó tensiones en la imagen de algunos candidatos, sino al interior mismo de los espacios de ciberactivistas. Como mencionan sugerentemente varios de ellos:

“Yo soy a-partidaria, controlo al oficialismo como a la oposición. Hay otros que sí prefirieron meterse en partidos políticos, y no está mal, yo no lo veo mal. Pero sí quizás se generaron ciertos roces, ¿entendés? Dentro de los mismos administradores” (Entrevista a R., 08/10/2014)

“Los políticos nos veían como muy anti-sistema. Incluso muchos que después salieron a adueñarse de las marchas, al principio no querían saber nada porque lo veían como algo anti-sistema, anti-política [...] después tuvimos que laburar un montón para no tornarla tan así. En el 18 de abril ya sumamos a los políticos... si bien un montón de gente salió a pegarnos, nosotros creímos que era lo correcto porque era un año electoral. Todos los problemas se resuelven desde la política, y la política la ejercen los políticos; entonces, no queda otra [...]

Surge hablando, hay gente que está totalmente en contra y dice *no puede ser que si estamos en contra de los políticos* [hagamos esto], [pero] yo te digo, al administrador de una página que llega a doscientas mil personas [era necesario] decirle *mirá, no podemos estar en contra de la política, porque la política es la única forma de cambiar esto*. Entonces a la vez de convocar, teníamos que hacer una especie de docencia con los propios... Los debates que a veces teníamos eran *yo no me sumo si la fecha la tira primero tal página*, entonces vos decís *flaco, estamos discutiendo cosas mucho más importantes y vos estás viendo si primero se sumó “el cipayo” o primero se sumó el “anti-k”*. Pero nada, no te queda otra que explicar y hablarlo, como en su momento explicar la importancia de que se sumen los políticos” (Entrevista a L., 03/10/2014)

Resulta particularmente interesante que las elecciones hayan generado una fisura tan grande incluso entre los ciberactivistas. Si bien en el testimonio de L. existe una percepción evidente de control (“sumamos a los políticos”), también se vislumbra una ruptura entre aquellos que consideraban que la manifestación debía ser canalizada representativamente, y aquellos que la concebían como eminentemente autónoma (la acción de “docencia con los propios” indica en esa dirección). Como muestra el testimonio de R., algunos veían de todas maneras un riesgo estratégico en el acercamiento a los partidos, al contrario que L.:

“[Los kirchneristas] las consignas las entendían perfecto. Pero el buscar ciertos referentes generó rispideces dentro del movimiento. Yo vi lo que pasó con la Mesa de Enlace durante el 2008, y justamente lo que el gobierno quería era *muestren, saquen la cabeza* [...] Es más fácil destruir, condicionar a cinco que a todos. Para mí lo ideal hubiera sido el anonimato, que nadie salga en los medios, *somos todos y no somos nadie*. Pero bueno, era incontrolable, vos a los medios no los podías manejar y presionaban. Veían las redes, veían algunos referentes y listo, los llamaban” (Entrevista a R., 08/10/2014)

Si luego del “8-N” la cuestión de la organización había podido ser cuestionada y debatida públicamente, el “18-A” no parecía dejar lugar a dudas: era una protesta eminentemente opositora. Este proceso no se debió a la manifestación *per se*, que tuvo características similares a las previas, sino a la relación que fue aceitándose entre los MMC, los ciberactivistas y los políticos opositores. Ya se habían establecido de antemano los puntos de encuentro, los políticos habían anunciado su participación y los habían difundido, y se había aclarado “lo que significaba” el cacerolazo incluso antes de que éste hubiera tenido lugar en el espacio público.

Como se hace evidente, este cambio estuvo propiciado también por los ciberactivistas; las rupturas internas hicieron que algunos pasaran a adoptar el rol representativo de “interlocutores” y por lo tanto se arrogaran la dirección y el control de la manifestación:

“Desde el 18 de abril no usamos más la palabra *cacerolazo*, usamos más *marcha o protesta*. Porque el cacerolazo [nos dejaba] muy pegados al

2001; o sea, vos decís *cacerolazo* y estás diciendo *que se vayan todos*. Queríamos despegarlo de eso, y además *cacerolazo* suena más a un chico caprichoso que sabe que no quiere esto pero no sabe lo que quiere. [...]”.

(Entrevista a L., 03/10/2014)

Tal es así que la incómoda posición ocupada por los políticos opositores —es decir, su transformación en titubeantes “líderes” del descontento ciudadano— se extendió también a algunos ciberactivistas, específicamente aquellos que tenían más contacto con los MMC y con los partidos. Como se deriva de los testimonios, mientras que al comienzo todos los activistas reivindicaban la función de “siembra”, el discurso de algunos comienza a cambiar hacia la descripción de una función mucho más activa y centralizadora. Dos notas periodísticas son ilustrativas de esta mutación fundamental de su rol. Por un lado, el 14 de abril el diario *La Nación* publicó una breve nota titulada “El 18-A pedirán que se una la oposición” (*La Nación: Política*, 14/04/2013), la cual incluía un listado de los principales usuarios organizadores, e incluso testimonios de algunos que preferían mantener el anonimato pero afirmaban que habían “sumado al arco opositor, algo que sin duda es reclamado por mucha gente en las redes”. Por otro lado, el día siguiente a la manifestación el mismo periódico publicaba una nota que se construía a modo de continuidad con la anterior, titulada “Con reparos, los organizadores les abrieron la puerta a los políticos” (*La Nación: Política*, 19/04/2013). En ella, varios activistas manifestaban que si bien habían “invitado” a la oposición a sumarse, habían pedido que mantuvieran “limpia la marcha”; otros, en cambio, afirmaban que “las marchas anteriores [el 13-S y el 8-N] fluían porque a nadie le interesaba la foto”.

Respecto a este punto resulta interesante revisar el único estudio publicado de opinión pública realizado durante el transcurso mismo de un *cacerolazo* (CIES, 2013), que reafirma cuantitativamente la brecha que existía entre los movilizadores y la posición de los líderes auto-investidos: a pesar de que casi un 70% de los entrevistados reconocían en la encuesta tener “mucho” o “bastante” interés en la política, cerca de un 80% afirmaba que no se veía identificado con ningún partido político. Incluso, frente a la pregunta “¿Qué político prefiere para el país?”, cerca de un 45% respondía “Ninguno”, fragmentándose luego las respuestas entre siete candidatos que variaron entre el 14% y el 2,1%. En este sentido, la brecha entre la ciudadanía movilizadora y los representantes parecía ser bastante mayor a los deseos de los propios activistas proclives

al encarrilamiento de una movilización que comenzaba a parecerles (a algunos de ellos también) “anti-política”.

1.4. El “8-A”: del declinamiento de los liderazgos líquidos al dilema representativo

Las elecciones primarias del domingo 11 de agosto clausuraron una semana trágica. Pocos días antes, la explosión de un edificio en Rosario había causado la muerte de decenas de personas, monopolizando la atención pública y provocando el cierre de campaña de las diversas fuerzas políticas en solidaridad con los familiares y víctimas del hecho. El Poder Ejecutivo nacional decretó dos días de duelo y algunos políticos viajaron a dicha ciudad para apoyar a los damnificados, mientras que otros expresaron su apoyo a través de las redes sociales.

La tragedia, que sumió la última semana de campaña en aires de extrañeza, opacó además el cacerolazo que estaba planeado para el jueves 8 de agosto. A pesar del duelo nacional decretado, los principales difusores de la protesta decidieron mantener la convocatoria, aduciendo que la tragedia de Rosario también era consecuencia de la “gestión K”. Sin embargo, los políticos opositores que habían participado de la movilización del “18-A” declararon con cierta celeridad que en este caso no se harían presentes. En los principales medios de comunicación casi no se mencionó la convocatoria, a diferencia de los cacerolazos anteriores. Solamente dos notas publicadas en *La Nación* y en *Clarín* hacían alusión a la protesta el día previo, dejando en claro que los políticos no asistirían pero que la movilización se realizaría igual, fundamentalmente contra la “corrupción” que permitía –según sus convocantes– que ocurrieran tragedias como la de Rosario.

En el testimonio de R. se vislumbran dos factores que, si bien pasaron desapercibidos, influyeron fuertemente en el “fracaso” de la movilización:

“La marcha del 8 de agosto [a pesar de la tragedia] se hizo igual. Te pedían los políticos que no salieran [...] pero ahí los medios jugaron un rol de no querer difundir. [...] Igual ahí ya había otro clima, era previo a las PASO, la gente estaba con la mirada en el año electoral, a ver si podía poner en la urna lo que había protestado el año anterior [...] En un año electoral la gente está con esa expectativa de cambio, de querer y poder

cambiar desde otro lado la cosa, no desde una marcha. Pero además querer hacer marchas permanentemente termina cansando a la gente, porque no todo el mundo se sienta a analizar cómo sirvieron, en qué ayudaron las marchas”. (Entrevista a R., 08/10/2014)

El diagnóstico negativo puede resumirse en dos procesos distintos: por un lado la falta de apoyo de políticos y MMC, y por otro la cercanía a las PASO. La tragedia de Rosario, a la que se atribuyó generalmente el fracaso de la movilización, ocultó estos dos factores que –como vimos- se habían vuelto fundamentales para los activistas. Como menciona L.:

“Los tipos [los políticos] decían –la respuesta era clarita-: *ustedes van a hacer una marcha el jueves, el viernes empieza la veda electoral y los diarios que el sábado y el domingo tendrían que estar hablando de nuestro cierre de campaña en cambio van a estar hablando de la marcha de ustedes.* [...] Entonces le explicamos [que] nosotros queríamos incidir en ese treinta por ciento que estaba indeciso [...] y me decían: *perfecto, pero ¿cómo haces vos para que ese tipo me vote a mi?* [...] Entonces los medios tampoco apoyaron”. (Entrevista a L., 03/10/2014)

Los ciberactivistas como L., con lazos cercanos tanto con los partidos como con los MMC, parecían molestos por la repentina falta de apoyo. Sin embargo, esa condición ocultaba otro factor importante: el supuesto control que tenían de la movilización resultaba ahora ilusorio, lo cual repercutía problemáticamente para aquellos que se habían mostrado públicamente:

“Me decían *¿por qué no lo suspenden?* Y yo respondía: *pero, ¿quién soy yo para suspenderlo?* La gente se auto-convoca, si bien vos pones la fecha, el lugar y todo, la gente se va enganchando y manda invitación. Es como que te permiten que vos le digas cuando, pero vos no podes decir *vos no podes salir.* Entonces tuvimos que laburar en el discurso para ver qué decíamos mediáticamente; para ni ponernos en contra de la gente que quería salir ni quedar como un hijo de puta que salía durante los tres días de luto. [...] A su vez, lo nuestro no era un cierre de

campaña, no era un acto político –político-partidario-, entonces dijimos *igual lo vamos a hacer*, y nos salieron a matar todos...” (Entrevista a L., 03/10/2014)

El apoyo general de la ciudadanía auto-representada estaba perdido, y la cercanía a las PASO terminó de procurar el golpe de efecto. La legitimidad auto-representativa de la movilización entraba en contradicción con la legitimidad representativa de las urnas, como ilustra perfectamente el título de una nota escrita por un corresponsal cordobés del periódico Clarín: “Prometen que el gran cacerolazo nacional será el domingo en las urnas” (*Clarín: Política*, 9/8/2013). En efecto, como reafirma L:

“No, es que mucha gente no fue por eso... mucha gente dice *¿para qué voy a ir si en tres días les voy a votar en contra?* [...] El tema es que justamente la intención de esa marcha no era... la intención era sacarle porcentaje de votos al gobierno y dárselo a la oposición, la marcha no estaba orientada para todo el que estaba descontento, sino para el tipo que estaba indeciso, por eso igual la hicimos” (Entrevista a L., 03/10/2014)

En su evidente auto-justificación del fracaso estratégico, L. vuelve al discurso horizontalista y centrado en las acciones de “siembra”. Sin embargo, ya posicionado a partir del “18-A” inconscientemente como líder, parece frustrado por la falta de comprensión de sus objetivos por parte de la gente movilizada. La idea de “orientar” la “marcha” indica la transformación operada sobre la auto-percepción de su rol; el resquebrajamiento de los liderazgos líquidos, conjuntamente con la tensión representativa, terminaron de cerrar discretamente el ciclo contencioso comenzado casi un año antes.

2. Recapitulación y conclusiones provisorias

A lo largo del presente trabajo hemos intentado fundamentar, a través de una reconstrucción de los debates públicos e internos entre los ciberactivistas promotores del ciclo de cacerolazos 2012-2013, la hipótesis de que las movilizaciones no fueron ni absolutamente espontáneas ni jerárquicamente organizadas. Consistentemente con los

resultados de investigaciones sobre manifestaciones extendidas simultáneamente *online* y *offline* – tal como fueron presentadas en la Introducción-, el rol de los ciberactivistas es más bien de promotores, presentando rasgos de líderes distribuidos y cambiantes pero con funciones acotadas, limitadas sobre todo a la definición de las fechas y lugares de concentración. Las redes sociales promovieron interacciones preeminentemente individuales con una lógica agregativa, y los promotores *online* ocuparon sobre todo el rol de nodos privilegiados de transmisión de información.

El entrecruzamiento entre esta “lógica conectiva” -tal como fue definida por Bennett y Segerberg (2013)- y la ciudadanía movilizada de los grandes centros urbanos de nuestro país no es casual; como hemos intentado mostrar también en otros trabajos (Gold, 2015), la tendencia auto-representativa estuvo largamente presente en la historia argentina de las últimas décadas, y el vocabulario de denuncia peyorativa hacia la política partidaria es constitutivo de las manifestaciones políticas actuales. Tal es así que cualquier intento por parte de la oposición política -como también de los mismos ciberactivistas- de presentarse públicamente como “organizadores” fue contraproducente, tensionando la relación con una manifestación eminentemente autónoma.

Finalmente, intentamos demostrar que la decadencia del ciclo de movilización estuvo ligada a dos factores estrechamente unidos: por un lado, la arrogancia representativa de los políticos y ciberactivistas y por otro la cercanía a una instancia electoral nacional. En efecto, la tracción electoral-representativa terminó por opacar absolutamente un cacerolazo de escasa convocatoria a través de la posibilidad de canalización electoral del descontento, pero también de la ruptura del lazo construido entre los activistas, los políticos y los MMC.

Bibliografía

Annunziata, Rocío (2013): “La figura del *hombre común* en el marco de la legitimidad de proximidad: ¿un nuevo sujeto político?”, en *Astrolabio*, n° 10, pp. 127-155.

Bennett, Lance W.; Segerberg, Alexandra (2013): *The Logic of Connective Action. Digital Media and the Personalisation of Contentious Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Castells, Manuel (2012): *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid: Alianza Editorial.

Cheresky, Isidoro (2015): *El nuevo rostro de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Fillieule, Oliver; Tartakowsky, Danielle (2015): *La manifestación. Cuando la acción colectiva toma las calles*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Frédéric, Sabina (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

Gerbaudo, Paolo (2012): *Tweets and the Streets. Social Media and Contemporary Activism*. London: Pluto Press.

Gold, Tomás (2013): “54%+46%=Argentina. Tensiones en la representación política y límites de la protesta en el Cacerolazo del 8-N”, ponencia presentada en las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani, UBA. [Mimeo]

_____ (2015): “Cacerolazos y legitimidad política en la Argentina reciente: del 13-S al 8-A”, en Annunziata, R. (comp.): *Pensar las elecciones. Democracia, líderes y ciudadanos*. Buenos Aires: CLACSO-Instituto de Investigaciones Gino Germani

Juris, Jeffrey (2012): “Reflections on #Occupy Everywhere: Social media, Public Space, and Emerging Logics of Aggregation”, en *American Ethnologist*, Vol. 39, n° 2, pp. 250-279.

Loader, Brian D.; Mercea, Dan (2011): “Networking Democracy?”, en *Information, Communication & Society*, 14 (6), pp. 757-769.

McCarthy, John; Zald, Mayer (1977): “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, en *The American Journal of Sociology*, n° 82, 6, pp. 1212-1241.

Nunes, Rodrigo (2014): *The Organisation of the Organisationless: Collective Action after Networks*. Lüneburg: Mute-Post Media Lab.

Olson, Mancur (1965): *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge: Harvard University Press.

Pereyra, Sebastián (2008): *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires: UNGS-Biblioteca Nacional.

_____ (2014). “La corrupción como crítica moral de la política. El vocabulario de la protesta social durante la década de los noventa”, en *Papeles de Trabajo*, 8 (13), pp. 78-101.

Peruzzotti, Enrique; Smulovitz, Catalina (2002): *Controlando la política. Ciudadanos y Medios en las democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Grupo Editorial Temas.

Pleyers, Geoffrey (2013): “Présentation. Des mouvements Facebook aux mouvements des places”, en *Réseaux*, n° 181, Vol. 5, pp. 9-21.

Schuster, Federico L. *et al* (2006). “Transformaciones de la protesta social en Argentina. 1989-2003”, Documento de trabajo n° 48, *Instituto de Investigaciones Gino Germani*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Tarrow, Sidney (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.

Periódicos

Clarín 2012 (Buenos Aires) 08 de noviembre.

Clarín 2013 (Buenos Aires) 09 de agosto.

La Nación 2012 (Buenos Aires) 13 de septiembre.

La Nación 2013 (Buenos Aires) 14 de abril.

Perfil 2012 (Buenos Aires) 14 de septiembre.

Documentos

CEIS Consultora 2013 “La voz de las cacerolas: encuesta de opinión pública entre los participantes del 18-A”. Disponible en <www.ceisconsultora.com.ar/blog>